

hacerla retirar, pero la intrépida jóven le dice: «No; me costará un poco de sangre, pero ellos no escapan de la mano de Dios.» Y diciendo esto, se arroja sobre el campamento inglés, hace huir al enemigo, y enarbola allí con su misma mano la bandera de Francia, que los franceses saludan con un grito de alegría. Esta primera victoria es anunciada por todas las campanas de la ciudad y por unos trasportes de alegría imposibles de describir. En la ciudad reciben en triunfo á la noble vírgen, y se dirigen todos á la iglesia á dar gracias á Dios con las alabanzas más cordiales y más afectuosas.

Desde este momento la Doncella camina siempre de victoria en victoria. Hacen nuevas salidas, pero se guardan bien de ir sin ella. Caminan á su lado llenos de valor, y consiguen hacerse dueños de los fuertes que el enemigo habia construido al rededor de Orleans.

Cuando se decidió dar el asalto á los últimos atrincheramientos, la Doncella hizo publicar una orden, en la que se decia «que ninguno se atreviese á salir al dia siguiente de la ciudad á pelear con el enemigo sin haber confesado ántes, y que los soldados despidiesen á las mujeres de malas costumbres, porque Dios permite las pérdidas de las batallas para castigar los pecados de los hombres.» Cumplidos estos preliminares, Juana, seguida de su pequeño ejército, cuyo valor se aumentaba al ver la intrepidez de su generala, marchando siempre á la cabeza de él, cae con la rapidez del rayo sobre las filas enemigas y esparce en ellas el terror y el desorden. Nada resiste; todos tiemblan, todos retroceden ante ella. Levantan el sitio, abandonan el campo y los sajones son arrojados de toda la comarca.

Mas era necesario tambien conducir el Rey á Reims, para que fuese consagrado allí, y Reims permanecia aún en poder de los ingleses, así como Troyes y Chalons, ademas de un ejército considerable que ellos tenian en campaña. Los hombres vacilan en presencia de semejantes obstáculos; sólo Juana, una jóven de diez y ocho años, no vacila. Su valor anima á los más tímidos. Todos empuñan las armas, se declaran en favor del Rey, y marchan contra sus enemigos bajo la direccion de una jóven guerrera. Entónces toma ella por asalto á Jargeau, sitia á Beaugency, donde hace prodigios de valor, coge prisionero á Talbot, general en jefe del ejército enemigo, á quien trata con una generosidad puramente francesa, y en fin, consigue llevar al Rey á Champaña. Allí se presentan nuevas

vacilaciones en presencia de nuevos obstáculos. Troyes permanece todavia firme, y no hay artillería para forzar la plaza. Todos quieren retroceder y volver á Berry. Juana habla, y el Rey, animado, ordena que la dejen obrar y la obedezcan. Ella monta á caballo y hace avanzar el grueso del ejército, como para emprender el sitio de Troyes; ella hace levantar baterías, aún cuando no hay cañones para armarlas; siempre con la espada en la mano, se halla en todas partes, dirigiendo las obras, dando órdenes, dejándose oír desde las murallas, y amenazando á los habitantes de Troyes con la venganza del cielo y la cólera del Rey. La ciudad, aterrada, pide gracia y abre sus puertas. Reims hace lo mismo. Carlos entra en la ciudad, donde es consagrado por el arzobispo Renaud con la mayor solemnidad, y pocos dias despues, subyugadas por la noticia de los hechos heroicos de la Doncella, más bien que por las armas del Rey, Laon, Soissons, Chateauthierry, Provins, Beauvais y todas las ciudades hasta París, se sometieron á Carlos y fueron reducidas á su obediencia. ¡Ved aquí lo que supo hacer una jóven!

Despues de haber obtenido tales triunfos, tanto más admirables cuanto eran ménos esperados, Juana de Arco, tan modesta como valiente, fué á arrodillarse á la iglesia de San Dionisio, y, ante el altar de este patrono de Francia, suspendió en una de las columnas del sepulcro del santo mártir su armadura completa, y una rica espada que habia arrancado de manos de un inglés delante de París. En seguida se postró á los piés del Rey y le dijo: «Señor, ya está levantado el sitio de Orleans, y vos mismo habeis sido consagrado en vuestra buena ciudad de Reims, segun la costumbre de vuestros predecesores. Por consiguiente, las dos promesas que os hice de parte de Dios están cumplidas, sus órdenes están ejecutadas, y mi mision está terminada. Permitidme, pues, señor, que me retire.» Mas el Rey no quiso acceder á ello, y la obligó á que permaneciese al frente del ejército. Ella obedeció á su pesar; pero repitiendo continuamente: «Mi mision está terminada», no quiso seguir mandando sino en segundo lugar, ni emprender cosa alguna sin el parecer de los generales, que ella escuchaba sin aprobarlo ni desaprobalo.

En el sitio de Saint-Pierre-le-Moutier, que el Rey le habia confiado, habiendo querido los franceses dar el asalto á pesar de ella, encontraron tal resistencia, que se vieron obligados á batirse en reti-

rada. Sola Juana no retrocedió, y sosteniéndose en compañía de cinco hombres, gritó en alta voz: «Que traigan todos faginas y formen un puente»; y volviendo los franceses, llenaron el foso, y tomaron la ciudad sin grandes esfuerzos.

Pero despues de este hecho de armas, no obrando ya Juana por las órdenes inmediatas del cielo, *y estando terminada su mision*, ella, que habia salido hasta entónces siempre victoriosa, no consiguió en adelante más que triunfos medianos, y acabó por ser hecha prisionera. De modo que aún los reveses mismos que comenzó á experimentar desde que cumplió su mision son una prueba evidente de que esta mision le habia sido confiada por Dios, y que por la virtud de Dios, y no por su propio valor, la habia ella terminado tan felizmente.

En el sitio de Compiègne fué donde ella cayó en manos de sus enemigos. Aunque en el desaliento universal que se habia apoderado entónces del ejército real, fué ella quien, convocando á todos los hombres de armas, reunió dos mil combatientes, la direccion de ellos fué dada á ciertos oficiales muy inferiores á ella. Le mandan atacar con seiscientos hombres los atrincheramientos enemigos. Eran las cinco de la tarde. Juana avanza con su pequeña division. El jefe del ejército de Borgoña, Juan de Luxemburgo, da el grito de alarma en toda la línea. Los ingleses y los borgoñones acuden de todas partes, pero Juana ataca con el mayor vigor. Jamas desplegó ella, dicen los testigos, tanto ardor ni tanto heroísmo. Caminando siempre delante de sus soldados, rechaza al enemigo primera y segunda vez, pero ellos, cada vez más numerosos, dan una tercera carga, que Juana no puede rechazar totalmente. Conociendo entónces los franceses que va á cargar sobre ellos todo el ejército, se retiran á la ciudad. La Doncella caminaba la última, volviéndose sin cesar, y haciendo frente al enemigo ella sola, sin embargo de ser mujer, para cubrir la retirada á los hombres. Los ingleses avanzan entónces para cortar la retirada á su tropa, que se dispersa en el mayor desórden. Muchos se arrojan con las armas al rio, y casi todos los demas son cogidos prisioneros. Sola Juana de Arco continuó defendiéndose, teniendo enarbolada su bandera y rechazando al enemigo con una espada que ella misma le habia quitado. Todos los esfuerzos de los borgoñones se dirigen sobre ella, ¡sobre una mujer! que era por sí sola el terror de Inglaterra y la

victoria de Francia; sin embargo, ella llega, sin dejar de pelear, á la cabeza del puente, pero no le es posible pasarlo; el criminal Guillermo de Flavy, gobernador de la ciudad, habia hecho que le cerrasen la puerta. En vano todas las campanas de Compiègne tocan la alarma; nadie se presenta á salvar á la que los habia salvado á todos. Abandonada de este modo de todos sus compañeros de armas, y rodeada de enemigos, hace prodigios de valor y procura retirarse á las fronteras de Picardía, pero se ve obligada á ceder al número. El bastardo de Vendôme la lleva prisionera á Mariny y la vende á Juan de Luxemburgo, el cual la vende á su vez al Duque de Borgoña y éste á los ingleses, por el precio de diez mil libras y otras quinientas libras de pension anual, es decir, tan cara como un rey de Francia. Estos últimos compradores carecian de dinero, y fué necesario que echasen un impuesto extraordinario sobre los estados de Normandía para pagar esta compra de sangre. El corredor de este horrible contrato fué el obispo de Beauvais, hombre de un alma tan vil como su nombre, porque se llamaba *Cauchon*. Él deseaba vengar en la Doncella la ofensa de haberle hecho perder su silla, al hacer que entrase la ciudad de Beauvais en la obediencia del Rey. Él estaba vendido al partido inglés, lo cual no le impidió hacerse juez de Juana de Arco; y por otra parte, le habian prometido el arzobispado de Rouen en recompensa de su celo. Todo esto sucedió un año despues de haber librado á Orleans, como lo habia anunciado Juana con estas palabras, atestiguadas, entre otros, por el Duque de Alezon: «Yo no duraré más que un año; por esta razon debeis tratar de emplear bien este año.» Así fué como ciertos franceses, indignos de este nombre, entregaron á los extranjeros *la sangre más pura y más justa* de la Francia.

Mas ántes de llegar al desenlace de este drama, único en la historia del hombre (porque el del Calvario, con el que tiene algunos puntos de semejanza, pertenece á la historia de un Dios), detengámonos un instante á contemplar la belleza de alma de esta criatura sublime, de la Débora, de la Judith cristiana.

Segun la declaracion unánime de más de cincuenta testigos oculares, Juana de Arco, en el campo de batalla, en el palacio del Rey ó en compañía de los pobres y de los afligidos, en sus dias de ventura como en los de infortunio, permaneció siempre la humilde y piadosa pastora de Domremy. Las gracias del espíritu y del cuerpo,

de que Dios la habia dotado, la hicieron aún mucho más fervorosa en el servicio divino, más asidua en la participacion de los sacramentos y en la práctica de los ejercicios de religion y de piedad. Jamas pedia cosa alguna para sí. « Yo no deseo, decia ella, más que una cosa: que Dios se apiade de mi pobre alma. » Aún cuando su vida fué tan piadosa y tan santa, aún cuando nadie pudo encontrar jamas en ella la más leve falta, se confesaba casi todos los dias con la mayor contrición. Miétras estaba en campaña, se dirigia todas las mañanas, al apuntar el dia, á la iglesia más cercana, y por espacio de media hora hacia llamar por el toque de campanas á los sacerdotes que seguian el ejército, para que celebrasen la misa, en la que ella comulgaba con la gente del pueblo y aún con los niños.

Con mucha frecuencia, en medio de la noche, cuando creia que todos dormian, se levantaba silenciosamente y se ponía de rodillas para orar. Poseida por el presentimiento de su fin cercano, decia con frecuencia á su confesor: « Yo voy á morir muy pronto; decid al Rey que se digne edificar algunas capillas donde sea invocado el Señor por las almas de los que han sucumbido en la defensa de su reino. »

Esta era un alma desprendida absolutamente del mundo, que sólo vivía en Dios y para Dios, y que tenía el entendimiento penetrado de su majestad, y el corazón abrasado de su amor. Todo se inclinaba ante la elevación de su lenguaje cuando exaltaba la bondad y la magnificencia del Señor, y ante su humildad cuando hablaba de sí misma. Su fervorosa piedad conmovía profundamente al pueblo cuando, en el momento en que el sacerdote elevaba la sagrada hostia, se veía á este nuevo genio de la guerra con los ojos inmóviles, como en un éxtasis, y las mejillas inundadas en lágrimas.

En tantos combates como se encontró, jamas mató ni un solo enemigo; más le repugna derramar la sangre de otros que la suya propia. Por esta razón casi nunca se servía de la espada; sólo se defendía con la lanza, y su intención era aterrar al enemigo con su valor, más bien que sacrificarlo con sus heridas. Su benevolencia y su mansedumbre subyugan los corazones más rebeldes. Ya hemos visto que la desgracia de caer en manos de los enemigos de Francia le sucedió sólo porque, cuidando de la vida de sus soldados más que de la suya propia, hallándose siempre en la primera fila en el

combate, se hallaba siempre la última en la retirada, es decir, por demasiada abnegación de su parte y por demasiada infamia de parte de los otros.

Todos sus discursos eran de Dios, de la Santísima Virgen, de la vida cristiana y de la vida eterna. La vida desarreglada de los soldados le disgustaba en extremo; unas veces les reprendía con dulzura, y otras reprimía sus desórdenes con una inexorable severidad, que causaba á todos admiración en una joven.

Antes de ser empleada por el Rey en la misión que el cielo le habia confiado, lo mismo que antes de ser condenada por sus jueces, Juana de Arco fué puesta tres veces en manos de matronas respetables para ser examinada con respecto á la virginidad que habia jurado á Dios, y el resultado de estos diferentes exámenes fué siempre para gloria de su integridad. Con respecto á su misión divina, ponía Juana todo su cuidado en que no recayese sobre ella la más mínima sospecha. Después de ponerse el sol, jamas hablaba con ningún hombre. Ella dormía siempre acompañada de mujeres, y principalmente de jóvenes. Cuando esto le era imposible, ó necesitaba pasar la noche en campo raso, se acostaba armada de piés á cabeza. Deseando asistir á maitines durante su permanencia en Bourges, y no queriendo ir sola, rogó á su huéspeda á que la acompañase. Esto consistía en que la honestidad era la virtud de que más cuidaba, de que más se gloriaba y en que más se complacía, de tal modo, que no quería ni se daba á sí misma otro título que el de *Doncella*. Juan de Aulon, uno de sus edecanes, y que por lo mismo estaba siempre á su lado, decia muchas veces: « Yo no creo que haya en el mundo una mujer más casta. » Así, pues, por donde quiera que ella pasaba, era tal la veneración de los pueblos á Juana, que la humilde joven no sabía qué hacer para sustraerse á las muestras de afecto que le prodigaban. Las mujeres ancianas y respetables se arrodillaban delante de ella; muchos le rogaban que les mostrase las manos y los piés, para ver si era realmente de carne y de sangre, besaban sus vestiduras y aún hasta los piés de su caballo.

En todas las ciudades donde se detenía no podía el pueblo contener su admiración y su alegría al ver las maravillas que obraba. Sitiaban, por decirlo así, las puertas de su casa, sólo para ver desde cerca á esta virgen de los prodigios, enviada del cielo; de modo

que le suplicaban diese la vuelta á las ciudades, á fin de que todos pudiesen contemplarla. Se arrodillaban á su paso, y la consideraban y la saludaban como al ángel tutelar del reino.

Mas ¿quién hubiera podido pensar que esta jóven, prodigio de inocencia y de piedad, hubiese podido ser igualmente un prodigio de sabiduría y de valor militar? ¡Cosa verdaderamente extraña! En esta larga revista de las mujeres más ilustres del Catolicismo, hemos admirado á la mujer católica en el trono, reinando con más gloria y más feliz éxito que los más ilustres príncipes. La Doncella de Orleans presenta en sí misma una cosa más admirable y más nueva aún, una jóven de diez y nueve años al frente de los ejércitos, poseyendo el genio de la guerra, realizándole con la prudencia de sus consejos y con la rapidez de su golpe de vista sobre los antiguos generales, y eclipsando la gloria de la ciencia de las armas, de la fortaleza y del valor de los más grandes capitanes y de los conquistadores más célebres. Ningun general obtuvo jamas, con medios tan débiles y en circunstancias tan difíciles, unos triunfos tan rápidos y tan brillantes.

Lo que más admiraba en ella era su actividad extraordinaria y los innumerables trabajos á que se dedicaba; porque desde la mañana hasta la noche permanecía á caballo y armada de todas armas. Generalmente, en todo el dia no comia más que un pedazo de pan, ni bebía más que algunas gotas de vino mezclado con agua. No podía explicarse de dónde tomaba tantas fuerzas, ó más bien, se veía claramente que las recibía de lo alto. El mundo no había visto jamas una cosa semejante. Así se dice que Francia es el país de las singularidades y de los prodigios de todo género, y que el fenómeno único de una jóven de diez y nueve años, sencilla como un niño, pura como un ángel, fervorosa como un serafín, tierna y compasiva como una madre, y al mismo tiempo sabia como un anciano, instruida como un doctor, celosa como un apóstol, intrépida como un guerrero, terrible como un conquistador y grande como un héroe; este fenómeno, repito, no podía verse sino en Francia. Mas esto es un error; estas cualidades, que tan raro es ver reunidas en un sér humano, no son, sin embargo, contradictorias; por el contrario, ellas se concilian perfectamente en la mujer completamente pura y sólidamente piadosa, en la mujer llena del Espíritu de Dios, en la mujer verdaderamente católica. Una mujer tal es capaz de

todo, está á la altura de todo, y es apta para toda clase de negocios; ella puede, tanto como el hombre, y muchas veces más aún que el hombre, elevarse á toda especie de grandeza y obtener toda clase de gloria (1).

§ LIV.—Prosigue la historia de Juana de Arco.—Injusticia, única en el mundo, de su proceso.—Historia edificante de su martirio.—La Doncella, tan grande durante su vida, fué más grande aún en su muerte.

Desde que el Hijo de Dios no encontró más que la injusticia, la calumnia, el insulto, el oprobio, los tormentos y la muerte en los hombres á quienes había venido á salvar, parece que este tratamiento es una ley para todo hombre que se ofrece por el hombre, y que todo verdadero apostolado concluye en el martirio. Pues bien, este sello del verdadero mérito y de la verdadera grandeza no faltó

(1) Un santo sacerdote de la diócesis de Spira, enviado expresamente á Francia por su obispo para ver y examinar de cerca lo que había de verdad en lo que la fama publicaba por toda Europa respecto á las maravillas de Juana de Arco, en un documento que se conserva aún, hace justicia á la mision de la Doncella. Este documento es demasiado precioso y demasiado honorífico para nuestra heroína, lo mismo que para su sexo, para que nosotros renunciésemos al placer de insertarlo aquí íntegro: «La Francia, dice él, habiéndose perdido por una mujer (la hija de Carlos VI de Francia, casada con el rey de Inglaterra), era justo que se salvase por una virgen. El sexo femenino es humilde en sus miras y consagrado á Dios está lleno de dulzura y de compasion para con los afligidos; por eso Dios le ha concedido en nuestro tiempo una singular gracia para apartarnos del mal y dirigirnos al bien, no por el temor de su juicio, sino por el ardor de su amor. La Francia, demasiado confiada en su habilidad y en sus tesoros, se había elevado hasta los astros, y al presente se halla abatida sobre su propio suelo; ella no puede levantarse por sus trabajos ni por la fuerza de sus armas. Á fin de que ella tema al Señor con todas sus fuerzas, y que reconozca á Aquel que siembra la paz, se ha dignado Dios tenderle la mano para levantarla. *La Doncella es una enviada del cielo, iluminada por Dios, como lo prueban su vida y sus actos.* Con frecuencia lava ella y purifica su conciencia en la santa piscina de la confesion y se fortalece en el espíritu de sabiduría, recibiendo el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Ella es humilde y modesta, detesta las usurpaciones hechas á los pobres y la opresion de los huérfanos. Ella es una virgen de Dios, que sólo procura lo que es agradable á Él, á fin de permanecer pura en el espíritu, y conservar su alma y su cuerpo inviolables.» (Gnido Goërres. *Vie de Jeanne d'Arc.*)